Primaveras de papel

Teresa Gómez

♦♦♦

En la entrega de diplomas había un clima especial; Sarita con los ojos brillantes de alegría recibió un prolongado aplauso. Sus trabajos de papel no eran un simple pasatiempo, sino obras de arte.

Después del brindis la trabajadora social habló con ella:

—Queremos proponerle un trato, algo para que aproveche ese talento y esa sensibilidad; queremos que dirija un curso. No podemos pagarle mucho, pero necesitamos gente como usted. ¿Qué dice?

—Pues no creo ser muy útil, he olvidado tantas cosas... Me siento torpe, ya no soy la de antes.

—No sea modesta, anímese, piense que hay otras personas en verdad limitadas, tenemos que ayudarles.

Ante la insistencia terminó por aceptar.

Una mañana se apersonó con la peinadora, luego se fue de compras. Hacía tanto tiempo que no estrenaba, claro que no era por falta de dinero, sino que siempre acababa por decir: ¿Y para qué?

Ese día mandó la pregunta al carajo y seleccionó varias prendas.

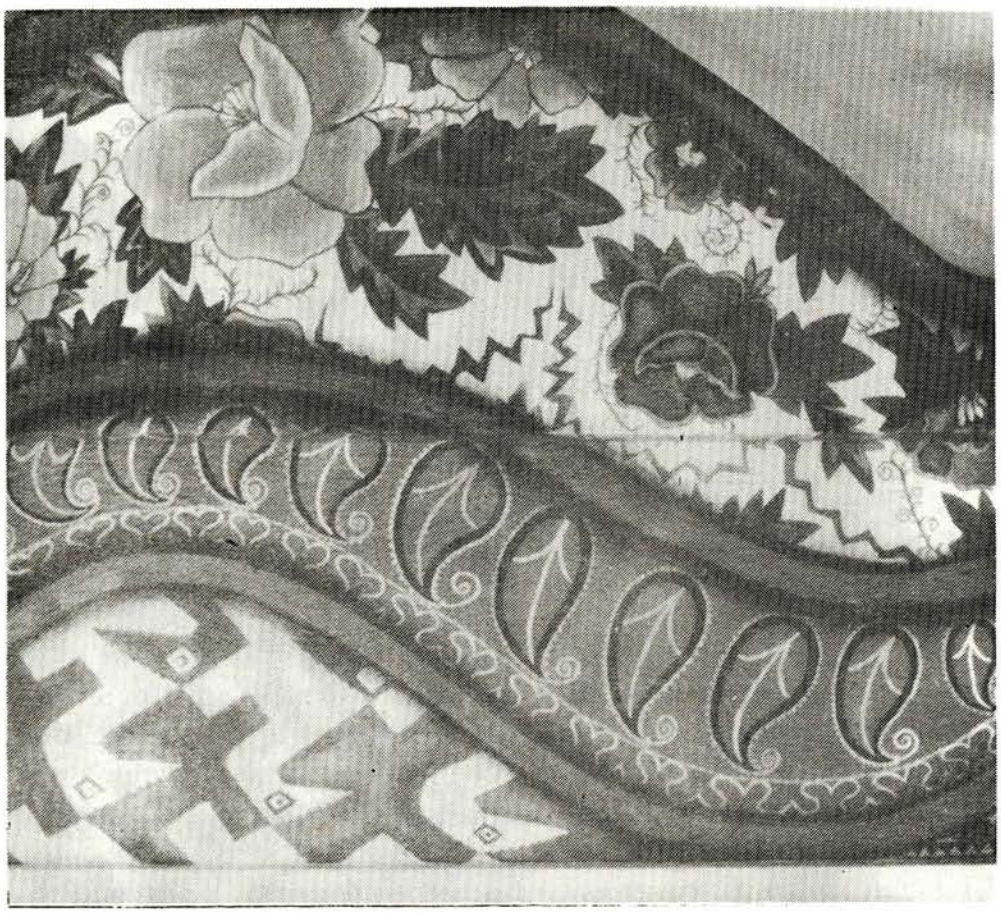
Tenía unos nervios, nomás de pensar en los muchachos del grupo sentía que no iba a poder articular palabra. Habló y las caras de los alumnos, casi una veintena de jubilados y pensionados, comenzaron a perfilarse.

Una vez que mostró los modelos, las ilustraciones y los materiales, preguntó:

—Vamos a ver, ¿qué les gustaría hacer?

—Pues yo digo que las muñecas, esas de papel, ¿cómo se dice?

—Maché.



—A mí me gustan más los cuadros de flores, éstos seño.

Siguieron las opiniones y los presupuestos, solamente uno de los alumnos, Rubén, se mostró reservado. No puso el mínimo de entusiasmo, asintió y negó de vez en cuando con la cabeza, pero no pronunció ni una sílaba.

Sarita estaba contenta, aún no asociaba los nombres con los rostros. Repasar la lista no le ayudó gran cosa. Se sirvió una taza de té y empezó a hacer recuento: papel picado, cuadros en tercera dimensión, ''papier maché'' y nada. ¿Por qué?

Salió a la calle, el invierno estaba muy presente, un airecillo frío revoloteó por el piso, se veían pocos autos, como si la noche empezara muy temprano. Le pareció que alguien la miraba desde un farol, no pudo saber de quién se trataba y le entró una extraña inquietud. No era temor sino algo distinto.

Ya en su recámara se contempló en el espejo. A pesar de los años seguía conservando mucha de su belleza, se examinó detenidamente, las arrugas le daban cierto toque de distinción, se reacomodó el peinado con un finísimo peine de carey, regalo de su

difunto esposo, tal vez era parte de un juego que recibió en un cumpleaños o en algún aniversario. Cuando murió Chuy, ella se quedó en una nebulosa, la soledad era como un manto pegajoso, una telaraña gris e interminable que no la dejaba ver el sol. Así pasó muchos años encerrada en un túnel sin fondo, sumida en un eclipse de dolor y entonces recibió un descarga brutal. El diagnóstico la hizo volver a apreciar la vida. Demasiado tarde: "Le quedarán seis meses o menos, este cáncer debió haberse detectado a tiempo", —dijo el médico.

Vinieron luego las interminables terapias, México, Monterrey, Guadalajara, dondequiera el olor a hospital, las batas infames y descoloridas que le ponían las enfermeras, el dolor, la autocompasión y un profundo deseo de morir.

Cuando se dio cuenta de lo afortunada que era, porque no cualquiera puede superar un cáncer, se juró que la vida era lo más preciado y que iba a saborearla hasta el último minuto.

Sintió que las lágrimas le escurrían por las mejillas y salió de sus recuerdos.

El curso de las manualidades siguió con sus altas y bajas, "los muchachos" iban progresando y también las relaciones de compañerismo y de ayuda mutua se incrementaron. A veces tomaban el té juntos o almorzaban en algún café y hasta celebraban los cumpleaños con pasteles dietéticos. Rubén seguía encerrado en su silencio. Sarita lo había sorprendido en dos o tres ocasiones mirando atentamente cada uno de sus gestos, pendiente de sus palabras y sus movimientos. Había hecho sin mayor mérito algunos trabajos, pero nada más.

Al llegar marzo los alumnos pidieron algo propio de la estación, querían celebrar la primavera y como si fueran párvulos se entusiasmaron con las flores de papel. Entonces sucedió lo inesperado, Rubén rompió su mutismo, se ofreció a conseguir los materiales, él mismo llevó muestras de bases, alambres, tijeras.

Sarita estaba asombrada, lo dejó hacer; por primera vez se fijó en su sonrisa, en sus manos fuertes, en el corte impecable de su pelo entrecano y sus ojos huidizos. Se sintió abochornada. ¿Cómo era posible que consintiera en tales pensamientos?

Esa tarde habían estado rizando las puntas de papel con corcholatas. Campánulas y claveles iban tomando forma. Cuando llegó a su casa abrió el bolso para sacar las llaves y se encontró una corcholata.

—Vaya si soy tonta, ¿cómo se me ocurrió guardar una cosa tan simple?

Iba a ponerla en la basura, pero en su interior con letras negras decía:

Te amo. Rubén.

Y así como el papel rizado iba tomando forma, en su corazón se abrieron al unísono ilusiones y sentimientos tan hermosos como flores de papel. ♦